

Mahón 16 Marzo 1906

EL PORVEJIR DEL OBRERO

Hablemos claro

En Barcelona continúan hallando bombas, más ó menos auténticas, pero que bastan para mantener la intranquilidad en todos sus habitantes y principalmente entre los anarquistas. Cada hallazgo de estos, y aun cada falsa alarma, ocasiona detenciones, registros, sobresaltos y molestias á las familias de nuestros compañeros.

Muchas veces ya lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo: no creemos que esas bombas, ni las verdaderas ni las falsas, puedan atribuirse á ningun elemento revolucionario. Al contrario, pensamos que deben ser obra de los enemigos de la libertad. No tenemos pruebas materiales para acusar á nadie; pero este es nuestro pensamiento y tal como lo pensamos lo hemos venido diciendo.

Sin embargo, hasta hoy habíamos evitado responder á una sospecha que tal vez se haya ocurrido á alguno de los nuestros. Es esta: ¿y si fuesen anarquistas los que preparan y colocan esas bombas?...

Teníamos razones para no plantear la cuestión: primera, porque no creemos que pueda ser, de ninguna manera; segunda, porque temíamos que nuestra contestación, aceptada por un momento la absurda hipótesis, pudiese parecer un acto de debilidad ante las persecuciones de que somos objeto.

Pero también hemos pensado que, en las actuales circunstancias, no tenemos el derecho de callar, ni por miedo ni por valentía. Debemos á nuestros amigos toda la sinceridad de nuestro pensamiento. De todos modos no hemos de contraer méritos ante los perseguidores, que no nos persiguen por causa de las bombas—bien lo saben ellos—sino por las ideas emancipadoras que propagamos.

Hablemos, pues, claramente: *nosotros rechazamos toda solidaridad moral con los autores de las bombas de Barcelona, aun cuando se llamasen anarquistas.*

No pertenecemos á una iglesia ni á un partido. No tenemos derecho á excomulgar ni podemos negar ó conceder patentes de anarquismo. Pero desde luego afirmamos, muy claro y muy alto, que no piensan como nosotros, ni sienten como nosotros, ni son de los nuestros los que han hecho estallar en Barcelona esos aparatos explosivos, causando la muerte á inocentes, sembrando el pánico entre los trabajadores igual ó más que entre los burgueses, haciendo odioso el nombre de anarquistas y dando pretexto para que contra estos se extremen los rigores de las leyes y los procedimientos gubernamentales.

Tenemos pendientes seis procesos y en la cárcel al mejor de nuestros compañeros.

Nadie puede creernos aficionados á pactos ni componendas. Si creyésemos que estas declaraciones hubiesen de dulcificar el rigor con que se nos trata, las guardaríamos para mejor ocasión, porque nunca hemos solicitado la piedad de los perseguidores. Lo que atrae sobre nosotros las persecuciones, repetimos, son las ideas, y estas no hemos de cambiarlas por temores ni por esperanzas.

Por amor á nuestras ideas es por lo que condenamos los recientes atentados de Barcelona, porque dificultan toda propaganda, porque alejan de nosotros á muchos hombres de buena voluntad, porque dan fuerza moral á los gobernantes despóticos y porque desconciertan á nuestros amigos. Si los que construyen esas bombas se proponen todas estas cosas, como creemos, verdaderamente consiguen sus propósitos. Pero si fuesen anarquistas sería una tremenda equivocación la suya y tendrían que lamentar los resultados más contraproducentes.

Algo semejante, aunque mejor dicho, declaró nuestro compañero J. Prat en *La Publicidad* de Barcelona, á raíz de la bomba de la Rambla de las Flores.

¿Convendría que todos los escritores anarquistas españoles dijese lo que piensan de este asunto, á fin de impedir que recaiga sobre nuestros ideales la odiosidad de unos crímenes á que somos completamente ajenos?

JUAN CUALQUIERA

Círculo vicioso

Sería muy curioso poder seguir poco á poco la evolución de la filantropía burguesa y poder hacer su historia. Tal vez hallaríamos que no hay tales carneros, que en lo que hemos dado en llamar así no hay más que miedo, ningún espíritu de justicia y mucho menos de amor al prójimo. Es demasiado grande y evidente el egoísmo de las clases ricas de todos los países y de todos los tiempos para que yo me entusiasme con sus presuntas larguezas y me quede boquiabierto al son de los bombos y platillos con que se nos pregonan.

¿Descontentadizo? Sea. Pero vengamos á cuentas y discurremos un poco, que acaso resulte que hay más altruismo en el descontento que en la Caridad, hasta cuando se convierte en derecho. Suele ser aquél el látigo que doma el humano egoísmo. Sin él, Santa Rutina, patrona de todos los conservadorismos, nos tendría aún bastante lejos del Progreso. Entremos en materia.

No hablemos de las ya lejanísimas revueltas de los esclavos, ni de las cruentas luchas que tuvieron que sostener, ni de los torrentes de sangre vertida, para demostrar que á las clases llamadas directoras les repugna el espíritu de justicia cuando éste viene patrocinando una innovación que choca con sus privilegios, y que únicamente transijen cuando á la fuerza ahorcan.

Hablemos de cosas y proyectos más recientes, mejor, de nuestros días, que nada

perderemos con escudriñar todo, y relativos á la tan manoseada cuestión obrera, aunque desde la Internacional acá no hagamos otra cosa sin idem de provecho.

Al cabo de los años mil se acuerda la burguesía, y aún no toda; una parte de burguesía de Francia y aún empujada por la fuerte corriente socialista que hay en aquella nación; se acuerda, repito, de que... hay obreros que comen mal, visten peor, se cobijan detestablemente y envejecen en la miseria. Ha precisado un siglo de agitación obrera, de demanda continua, hasta de exigencia rayana en la amenaza, para que las clases pudientes hicieran memoria.

Ya es conseguir algo, pero también demuestra que el egoísmo, la inepticia, y mejor la mala fé de estas clases, no sé por qué llamadas directoras, es más fuerte que su pretendido amor al prójimo, y que haríamos mal los obreros fiando nuestra emancipación integral única y exclusivamente á las clarividencias y buena voluntad burguesas. Conocemos frutales que hay que azotarles para que caigan sus frutos.

Mr. Fallières, el nuevo presidente de la república francesa, ha dicho: «pronto tendremos que tratar en la Cámara de diputados lo del retiro de obreros de ciudad y agrícolas, para demostrar que si antes se dijo que Francia es bastante rica para pagarse su gloria, también es bastante justa para evitar que los que con su trabajo contribuyen á su grandeza y prosperidad material, pasen con privaciones y angustias las últimas horas de su vida. Ha desaparecido la hora de los privilegios y hay que hacer que los rentistas contribuyan también á las cargas públicas por medio del impuesto progresivo.»

Es una bella tirada, tal vez dicha con la mejor intención del mundo, pero que me suena á hueco.

En primer lugar, es la explícita confesión de lo que anteriormente llevo dicho. Hay en Europa un Socialismo que da fuertes al-dabonazos á la puerta del privilegio y los moradores de este palacio se van dando cuenta de que si no abren pronto las puertas podrían éstas ceder violentamente á aquel empuje.

Pero como el orgullo de clase directora les cosquillea aun demasiado por el cuerpo, la confesión no va más lejos y su corolario queda oculto. Y el corolario es este: «no nos ha dado la gana de pensar más pronto en los obreros; primero queríamos enriquecernos con estas migajas que hoy reconocemos os pertenecen en justicia hace tiempo.» Es decir, que ahora pretenden pasar por filántropos los que antes no supieron ó no quisieron ser justos. Y francamente, yo me siento robado y de aquí no me apea nadie.

No hace mucho tiempo fué de moda entre la burguesía lo de las «casas para obreros.» Se decía así, como pudiera «pocilgas para perros», ó «establos para bueyes,» etc. Un puñado de descontentos protestamos en Europa de que se nos equiparara á las bestias, diciendo á grandes gritos que no nos contentábamos con menos de «palacios para hombres», y la moda pasó, la burla á la humana dignidad no llegó á cristalizar. No perdimos gran cosa, si hemos de juzgar por la muestra de tales casuchos que aun queda en un rincón del Ensanche de Barcelona.

Pero si la moda aquella pasó, no así el anodino reformismo que la inspiraba. So

conoce que el Socialismo no ha llamado aun bastante fuerte. Ahora se dice el «retiro de obreros», algo de limosna para los pobrecitos viejos. Es la nueva moda inventada por la caridad burguesa.

Yo no sé en cuanto consistirá ese retiro y qué trabas y formulismos se impondrán para cobrarlo tarde y mal, pero se me antoja que estará en desacuerdo con aquello de que ha desaparecido el privilegio.

¿Subirá la cuantía de este retiro á un franco, dos, más? Me da lo mismo. Mientras haya un proletariado que no pueda *ahorrar directamente* sobre su salario esta miseria que á su vejez concede la burguesía, y el concedérsela significa ya elocuentemente que no puede ahorrarla, y á su lado una clase social—la de los rentistas de todo género—que pueda cómodamente enriquecerse, el privilegio no habrá desaparecido y la Francia que proyecta esta medida no será justa como se pretende; primero, porque esta caridad encubierta no es la suprema justicia que dignifica; y segundo, porque la diferencia de clases subsiste y donde no hay igualdad de condiciones no hay tampoco justicia, ó no hay lógica en este mundo.

Además, si no era justo el modo de convivencia social que ahora se pretende reformar, ¿donde está la pretendida sabiduría de las clases directoras y con qué derecho se nos obligó á respetarlo? Valiente estupidez me resulta la ley de la mayoría en cuyo nombre se ha venido gratificando con años y años de cárcel la previsión de los que hace tiempo venimos protestando de que tengamos que vivir malamente en una sociedad de poseedores de lo que los obreros hemos producido. Se me antoja que aún nos queda cárcel por roer.

Otra cosa. No veo yo la tostada de que tenga que darse al obrero para su vejez, sacándolo de un impuesto progresivo sobre la renta, lo que directamente debiera dársele mediante un aumento en los salarios, y, bien entendido, sin que este aumento repercutiera en el precio de los artículos de primera necesidad elevándolos. ¿Por qué el trabajo de arrebatarse con la derecha lo que luego haya de dársele con la izquierda mano? ¿Será para que agradezcamos la largueza de las clases poseedoras? ¡Pero si no nos dan más que lo que ellas mismas confiesan que es nuestro y bien nuestro! Las palabras de Mr. Fallieres son bien terminantes.

Pero el juego está visto. Un aumento en los salarios que permitiera al obrero ahorrar directamente para su vejez, sin la tutoría esta del Estado, tal vez diera por resultado hacer más factible, más posible la resistencia obrera contra la explotación capitalista. Se pretende continuar teniéndolo sujeto por medio de la miseria, hija de los salarios bajos, «salarios de hambre», como dicen nuestros camaradas franceses. La miseria, que no un relativo bienestar, es el mejor factor de sumisión y de obediencia. Por este lado la reforma tiene todas las trazas de un anzuelo electoral para pescar bobalicones. A la igualdad no vamos. Tiene, además, otro aspecto: que el obrero no es libre de disponer á su antojo de *todo* el producto de su trabajo. La libertad sale malparada. El obrero quedará siendo obrero explotado, con ó sin vejez asegurada, pues no le será dable, al que pudiere antojársele, si en vez de darle un retiro se le diera en aumento de salarios, ahorrar para hacer luego fructificar sus ahorros tal como hace la burguesía. No es que yo lamente que no pueda hacerlo; no creo que la salvación del obrero consista en volverse patrono. Hago notar, simplemente, el espíritu de tutoría de la reforma, que sin esta tutoría, de ser efectiva aquella libertad con los salarios más altos, podría tener otras utilidades, tanto ó más primordiales como la de asegurar la vejez, por ejemplo: procurarse una mayor instrucción y hacerla extensiva á los hijos, evitar que la mujer tuviera que trabajar todo el día fuera de su casa abandonando las atenciones del hogar. procurarse vacaciones cuando la

fatiga extrema ó el comienzo de enfermedades adquiridas en el taller lo reclaman, en fin, hacer más próspera la vida durante la juventud sin perjuicio de atender á la vejez, etc.

¿Acaso se pretende evitar la posible disipación del obrero? El mal no sería mucho ni para todos. Peor la burguesía que disipa lo que no es suyo, lo que saca del haber obrero. Esta tutoría no deja al hombre responsable de sus actos; le reglamenta la vida, aquella vida que quisiéramos completa y libre, vivida según la interna ley. El burgués hace de su capa un sayo, el obrero no puede.

Bueno, se me dirá, á pesar de estos peros, confiesa que, al fin y al cabo, este retiro del obrero es ya una restitución... No lo veo tan liso y claro. Hay un refrán que dice: «¿jesuita y se ahorca? su cuenta le tiene».

Por de pronto convendría saber que dirán los rentistas cuando se les proponga el impuesto progresivo. El retiro del obrero—que no alcanzará á todos—en una nación como Francia no es moco de pavo. Supone algunas millonadas. Bien va que haya un «espíritu público» que obligue á los gobiernos á plantear estos problemas á la burguesía—en Francia tenía que ser, aquí los gobiernos no plantean problemas: les arman un proceso;—pero ¿no burlarán la ley cuando la hayan aceptado? Mi escama es fundada. Ya hemos visto que podían ahorrarse esta filantropía molesta con elevar simplemente los salarios del obrero. ¿Que se lo impide, decís, la rigurosa é inflexible ley de la oferta y la demanda? Llaman los economistas á otra puerta. Infundio de lo más infundioso. Un *trust* cualquiera hace bajar los salarios al nivel que quieren los patronos, ó pone el precio de las mercancías á la altura que se les antoja á los vendedores. Es un senador francés, Mr. Clemenceau, quien nos ha enseñado la mentira de la inflexibilidad de la tal leyecita.

Vuelvo á mi escama y pregunto: ¿Qué consecuencias puede traer el impuesto progresivo sobre la renta? ¿No hará bajar los salarios, encarecer los artículos de primera necesidad, subir el precio de los alquileres ó el de los arriendos de las tierras, etc.? Porque yo no soy tan cándido que vaya á creer que estas millonadas que precisarán para pagar el retiro á los obreros, y que significan una merma en el caudal de riqueza de la burguesía, deje contentos á los rentistas. Estos se resarcirán de un modo ó de otro, directo ó indirecto, no querrán que la ley les ponga un límite á su deseo de enriquecerse más de lo que lo estén presentemente.

¿Qué no? Se dan ejemplos. Oigamos lo que nos dijeron sobre un impuesto análogo los mismos economistas burgueses:

«Ives Guyot permanece fiel al sistema que sostiene hace años. Un impuesto del 10 por 100 sobre la propiedad edificada situada en los municipios que tienen consumos, ha de ser la principal tasa que sustituya á éstos. Los propietarios dicen que estarán arruinados. ¿Por qué? ¿Porque pagarán directamente, porque sabrán con exactitud la suma que pagan, porque podrán darse cuenta de la repercusión que establecerán sobre los inquilinos? Entonces, ¿serán los inquilinos los paganos? Ciertamente, responde Guyot, pagarán; como siempre, son los consumidores quienes pagan en último término.» (*Journal des Economistes.*)

Y si ha de ser así ¿á qué quedará reducida la reforma de estos republicanos sedicente socialistas? Simplemente, á hacer que se hace. Una dedada de miel gubernamental para reforzar en las cándidas multitudes su confianza de creyentes en la providencia Estado, un mero contentar á la opinión pública extraviada por el reformismo de los socialistas á la violeta, pero la de hiel se reserva darla luego la burguesía echando prácticamente por los suelos todas las bellas teorías que se forjan los que, no sabiendo ó no queriendo ir directa y resueltamente á la socialización de *todos* los medios de producción y á la supresión del Estado defensor

del privilegio, hacen parada y fonda en el círculo vicioso del reformismo.

Queda siempre en pié el problema capital que origina todos los conflictos: hay una clase que disfruta el privilegio de poseer toda la riqueza social, y otra clase, la más numerosa, que no posee nada y está á merced de aquella, á pesar de todas las soluciones que se imaginen, fuera de lo que apunto á la consideración del lector, porque quien tiene la posesión de las cosas dispone del gobierno y de la vida de las personas.

That is the question y no otra.

JOSÉ PRAT

Ignorancias conservadoras

Llevado por el afán de hacernos aparecer en contradicción, diciendo que nos llamamos anarquistas y razonamos como socialistas, *El Bien Público* viene á demostrar que no sabe lo que es Socialismo ni Anarquismo. Esto no es hacerle un grave cargo al diario conservador, pues, ocupado en otras cosas, no es natural que haya podido dedicar mucho tiempo al estudio de las cuestiones sociales.

Por lo mismo, no es de extrañar que ignore que los anarquistas son socialistas y que las diferencias entre las dos grandes agrupaciones del Socialismo se refieren á cuestiones secundarias, estando acordes en lo esencial, ó sea, en la cuestión económica.

El Socialismo es, como su nombre indica, un sistema social, que aspira á cambiar, no ya la forma de gobierno, sino la organización de la sociedad bajo su punto de vista más importante, que es el económico. El fundamento esencial del Socialismo es la *socialización de los instrumentos del trabajo*, entendiéndose por tales las tierras, las minas, las fábricas, los talleres, los medios de transporte, en una palabra, todas las fuentes de riqueza social á que se aplica el trabajo del hombre.

Prescindiendo de sus precursores, más ó menos idealistas, el Socialismo hizo su aparición práctica en Europa por medio de la Asociación Internacional de Trabajadores, en cuyos Congresos colaboraron y se combatieron después las tendencias de Carlos Marx y de Miguel Bakounine, representando el primero á los socialistas demócratas y el segundo á los socialistas ácratas ó anarquistas.

Unos y otros están de acuerdo en que se han de *socializar los instrumentos del trabajo*, esto es, que se ha de abolir la propiedad privada y que la riqueza social, los medios de vida que ofrece la naturaleza y los que crea ó transforma el trabajo, no han de estar en manos de unos cuantos privilegiados, sino que se han de aplicar á satisfacer las necesidades y á aumentar el bienestar de todos.

Existen diferencias sobre el modo de organización de la sociedad futura, y es forzoso que las haya, porque en muchas cosas solamente la práctica podrá dar una apreciación exacta de las dificultades ó ventajas de tal ó cual forma ó manera de organización. Pero estas diferencias no caracterizan á los socialistas demócratas (que se llaman simplemente socialistas) y á los socialistas ácratas (que se llaman anarquistas). Entre los mismos socialistas, igual que entre los mismos anarquistas, se ha discutido mucho, por ejemplo, acerca del *colectivismo* y del

comunismo, sin que esto desviara á ninguno del fin primordial del Socialismo, que es, repetimos, la abolición de la propiedad privada y la socialización de toda la riqueza natural ó producida por el trabajo.

La diferencia entre socialistas y anarquistas no afecta, pues, al problema económico. Es tan solo una diversa apreciación sobre el problema político. Los socialistas creen que es preciso apoderarse del gobierno de las naciones y desde el gobierno implantar y conservar el régimen socialista; mientras que los anarquistas afirman que cuando hayan desaparecido las causas de las luchas en que actualmente tienen que empeñarse unos hombres contra otros, obligados por la necesidad, en una sociedad en que los intereses de todos sean armónicos y el bienestar de cada uno, en vez de ser un estorbo, como ahora, sea una consecuencia del bienestar de los demás, entonces no habrá necesidad de gobiernos, ni de que unos hombres manden sobre otros y se podrá y se deberá quitar también esa causa actual de rivalidades y de sufrimientos.

¿Comprende ahora *El Bien Público* por qué nos llamamos anarquistas y razonamos como socialistas? No puede ser de otro modo. Si no fuésemos socialistas, podríamos llamarnos *individualistas* como ciertos filósofos burgueses que exaltan *la lucha por la vida* y predicán *el exterminio de los débiles*, pero no seríamos anarquistas como se entiende esta palabra en todo el mundo

* *

Pero *El Bien Público* no ignora solamente lo que es el Socialismo. Ignora también, y esto es menos perdonable, lo que ha sucedido y lo que sucede en nuestra población, la vida de los obreros menorquines del tiempo pasado y del presente.

Bien lo demuestra al hablar de la *casa* y de la *viña* que dice que poseían casi todas las familias pobres «antes de que se despertasen los odios de clases y se atizaran las pasiones con propagandas utópicas y disolventes.»

Si no es broma, si realmente le han engañado al escritor de *El Bien Público*, para convencerse de su error no tiene más que mirar las *viñas* que hay en los alrededores de la población, descontar las que se han construido recientemente y las que pertenecían á los ricos, contar las restantes y dividir las por las familias pobres de la población y á ver cuantas *viñas* corresponden á cada familia.

Es muy antiguo eso de alabar los tiempos pasados. Lo hacen algunos ancianos de cada generación, porque para ellos lo pasado, esto es, la juventud, era mucho mejor que la vejez que les agobia. Pero la observación racional y documentada nos dice lo contrario. Cada generación aumenta en bienestar y en comodidades, á medida de los adelantos de las ciencias y de los progresos generales de la civilización, á pesar de las quejas de algunos viejos que echan de menos la salud y la agilidad y la alegría de sus buenos tiempos.

Lo que había en Menorca antes de la industria del calzado era mucha hambre y mucha miseria. Se dice que la *tercia* de pescado valía muy pocos céntimos. ¿Sabe *El Bien Público* por qué? Pues porque casi nadie tenía esos pocos céntimos. Esto de la

baratura de las cosas ya sabemos todos que no indica riqueza, sino todo lo contrario. Menorca estaba despoblada, la agricultura en estado lastimoso, los trabajadores del campo comían miserablemente y en la ciudad sólo podía vivir un corto número de carpinteros, zapateros, etc. para las necesidades limitadísimas de la población.

Luego vino la prosperidad de la industria, se ganaron buenos jornales y el trabajador se dejó llevar á la vida de casino. Pero de esto no tienen la culpa las ideas disolventes, ó sea, socialistas y anarquistas. Estas no tomaron proporciones apreciables hasta después de la crisis de 1898, en que el trabajador se vió hambriento y desesperado, y cuando se trató de hacer algo en su favor fueron los mejores amigos de *El Bien Público* los que protestaron contra el reparto, y en documento que elevaron al gobernador lo calificaron de socialista, cuando tenía más bien carácter de limosna.

Fué entonces cuando el pueblo comprendió lo que podía esperar de la burguesía conservadora, de esos ricos que no querían ser *meros administradores de los bienes de los pobres*, según la teoría cristiana, sino que querían ser poseedores absolutos, con derecho de usar y de abusar, según el derecho romano, y que se negaban á dar de los bienes que habían acaparado participación á los pobres, cuando estos lo necesitaban con necesidad extrema. Entonces los obreros comenzaron á pensar en asociarse y se fundó nuestro periódico y se desarrollaron las «propagandas utópicas y disolventes.»

Estas propagandas no han fomentado la vida de casino; todo lo contrario, han apartado de ella á muchos jóvenes trabajadores. No dudamos que haya casinos en que se juega y se gasta el producto del trabajo. Cuando lo dice *El Bien Público*, tan amigo de las autoridades que tienen la obligación de impedirlo, será cierto, pero no ha ocurrido esto en la Federación de Obreros. En esta sociedad nunca se ha jugado y están desterradas las bebidas alcohólicas. Precisamente la propaganda que se ha hecho contra el alcoholismo en nuestro periódico y en la sociedad obrera creemos que ha contribuído mucho á disminuir el número de borrachos que en ese tiempo feliz que alaba *El Bien Público* eran una vergüenza para nuestra ciudad.

Hay vicio, sí; pero los trabajadores no lo han inventado. ¿Qué se ha hecho para enseñarles y moralizarles? ¿Qué ejemplos han recibido de las llamadas clases directoras?

Si hay obreros viciosos, no son los amigos de *El Bien Público* los que puedan tirarles la primera piedra.

* *

Muy largo es ya este escrito, pero no queremos terminar sin decir algo sobre las OCHO HORAS.

Habla también de esto *El Bien Público* sin entenderlo.

Esta reclamación obrera no es socialista ni anarquista. No se refiere á la sociedad del porvenir, sino á la actual. Es una necesidad de momento, no sólo para evitar el exceso de fatiga, sino principalmente para que tenga colocación mayor número de trabajadores.

El trabajar á destajo ha arruinado la

constitución física de los zapateros menorquines, y además ha rebajado el precio de la mano de obra en tiempos que esto no era necesario para el florecimiento de la industria.

A pesar de esta baratura, la industria del calzado ha venido á menos y corre peligro de acabar. Ahora los maestros, obligados por la necesidad, se reúnen y se afanan por buscar nuevos mercados. Tal vez esa actividad que ahora demuestran salve la principal industria de nuestro país.

Si nunca hubiesen contado con la baratura excesiva de los brazos del obrero, si no hubiesen tenido la facilidad de acudir á ese medio cada vez que se veían un poco apurados, los esfuerzos que hacen ahora los hubieran intentado hace mucho tiempo y la cuestión podría estar resuelta.

Por lo menos, los zapateros menorquines estarían en mejores condiciones de salud y de fuerzas para buscarse la vida en otros oficios ó en otros países.

El Bien Público podrá creer que la reclamación de las *ocho horas* es una «propaganda utópica y disolvente»; en cambio los trabajadores saben que es una necesidad inmediata y que si se hubiese luchado en este sentido hace algunos años la situación actual sería muy diferente.

Estudio psicológico

No es muy difícil para los que poseen la razón de la fuerza atacar y «amordazar» las ideas ajenas, pero sí el sustentar las propias; porque la razón de la fuerza es tan débil para edificar, como cruel y bárbara para destruir.

La historia religiosa y civil de todos los pueblos, estudiada á la luz de una buena filosofía y con el ánimo de buscar la razón de los hechos más culminantes en cada época, nos dice que las ideas son las que rigen al mundo, dando ocasión á las manifestaciones activas de la personalidad humana. Los acontecimientos no son más que la traducción en el orden práctico de la idea que antes existió en el teórico. Subiendo desde los acontecimientos hasta las ideas se halla la filiación psicológica y moral de estas últimas; se las aprecia en su desarrollo y en sus modificaciones; en su punto de origen y en los elementos similares que se reunieron en lo más delicado de la esfera *espiritual* para darle forma y temperamento. Gracias á este método, también se conocen las relaciones de unas ideas con otras, su encadenamiento lógico en el tiempo y las consecuencias, ya prósperas, ya adversas, que han acarreado á la humanidad.

Las ideas—no se olvide el sentido circunscrito que implícitamente doy ahora a esta palabra—no brotan espontáneamente en el campo social, sino que, por el contrario, reconocen sus precedentes necesarios, pues se van formando por medio de una elaboración lenta á que contribuyen el orden fatal—los sucesos—por una parte, y el orden libre—la razón—por la otra. Comienzan las ideas por dibujarse en las inteligencias á la manera de vagos presentimientos, que acarician las *almas* ardientes de los que reúnen una complexión apropiada para sentir con más fuerza las impresiones de lo futuro que las de lo pasado. Apodéranse después de ellas la imaginación y el sentimiento y constituyen hipótesis brillantes, que más tarde la ciencia formula en sistemas ordenados. Entonces lo que fué remota esperanza, ya consolidada y robustecida por la lucha, constituye ideal hermoso que el deseo intenta realizar. Unese el sentimiento con la inteligencia y surge la acción. Unas veces la idea está madura y triunfa, otras no ha adquirido la suficiente virtud y

desfallece; á menudo la idea está apta para la nueva evolución, pero otras preexistentes le impiden el desarrollo con la fuerza de resistencia que dá el instinto conservador de todo lo que se acerca á su ruina. Empero en todas las ocasiones, el triunfo ó la derrota de las ideas dependen del medio en que se plantearon y de las circunstancias que concurren en el momento de la transformación.

Convertida en hecho la idea, es decir, transportada de lo abstracto á lo concreto, comienza un nuevo progreso. Vive, crece, se desarrolla, da márgen á otras ideas que de su seno van brotando insensiblemente; se combina con los elementos nuevos que se ha asimilado, y por último comienza á modificarse hasta perder sus caracteres primitivos, dando lugar á otra afirmación que á su vez será reemplazada por una tercera. La marcha de las ideas por el mundo es lenta y pausada; ya aparecen en esta zona, ya se transportan á la otra, unas veces se denominan paradojas, otras se ven relegadas al limbo de los sueños; denominanse á veces utopías y otras aspiraciones irrealizables de corazones generosos; pero esto no importa: aunque la idea se aloje en la celda del pensador á quien se consideró sin juicio, ó en el fondo del calabozo donde la fuerza encierra al revolucionario, como la idea tenga razón de ser y, por lo tanto, valor intrínseco, saldrá en la ocasión propicia á la luz del día y hará palidecer de vergüenza y de ira, á sus detractores y verdugos.

FRANCISCO REY

Dinamita burguesa

En Lens (departamento del Paso de Calais—Francia) ha ocurrido una catástrofe espantosa. Cuando estaban todos los obreros trabajando en una mina de hulla ocurrió una explosión de grisú. El número de obreros que había en las galerías asciende á 1.800. Casi todos han perecido, pudiendo solamente salvarse unos pocos que encontraron refugio en las galerías más apartadas del centro de la explosión.

Grupos desolados, dicen los periódicos, en que hay padres, hijos y esposas de los mineros enterrados, se agolpan llorando sobre las bocas de los pozos.

Es una desgracia, sí, es una gran desgracia, como desgracias son todas las catástrofes que ocurren diariamente y de que son víctimas los trabajadores en todas partes y en todos los oficios. Desgracia es la explosión de grisú, desgracia la caída del andamio, desgracia la del pescador que se ahoga en mar y la del soldado que perece en la guerra, desgracia la huelga forzosa, el salario reducido, el trabajo excesivo,

Todo son desgracias; pero esas desgracias no ocurren por sí solas. Ocurren porque las compañías de minas y de ferrocarriles, los empresarios de obras, los jefes de taller, en una palabra, los capitalistas y sus servidores, atienden á su negocio antes que á la seguridad de la vida de los obreros.

Es el capitalismo quien ocasiona estas desgracias. Es la avaricia, la implacable sed de oro, que no se detiene ante la imprudencia ni ante el crimen.

La vida de los obreros no vale nada en la organización social que sufrimos. Se puede jugar con ella impunemente. Cada vez que ocurren desgracias como la de Lens, puede adelantarse con toda seguridad este pronóstico: *los culpables no serán habidos.*

En Fraga estaban en huelga 1.200 obreros de los alistados para las obras del Canal de Aragón y Cataluña. Se presentaron frente la casa del Ayuntamiento demandando trabajo. El Alcalde les dijo que sólo podían colocarse 250 y ellos no se conformaron.

El Alcalde llamó á la Guardia Civil . . .

Resultaron cuatro obreros muertos en el acto y muchos heridos de los que se probable que mueran algunos.

Estos muertos y heridos, y sus compañeros que por esta vez se han librado, no querían hacer la revolución social, no eran enemigos de la sociedad y del orden... Pedían sencillamente «pan y trabajo».

No nos atrevemos á hacer comentarios. Tenemos un compañero en la cárcel por haber escrito ¡*Pobres soldados!* y no queremos que encierren á otro por exclamar ¡*Pobres obreros!*

ECOS Y COMENTARIOS

Nuestro compañero Manent, que no es usurero que chupe la sangre del prójimo, que no ha causado ninguna catástrofe como la de Lens, que no tiene ninguna participación en el derramamiento de sangre obrera en Fraga, que no ha promovido guerras, ni hecho jugadas de Bolsa... continúa preso en la cárcel de esta ciudad.

Su delito, es preciso que el pueblo vea y comprenda, su delito es un escrito que tenía por título ¡*Pobres soldados!*

En el número anterior, sección de *Papel impreso*, dábamos cuenta de haber recibido un libro titulado *La razón contra la Anarquía*. No lo leímos, pero nos fiamos del prospecto del editor y, precisamente por tratarse de un libro contrario á nuestras ideas, no le escatimamos los elogios.

Luego lo hemos empezado á leer y hemos tenido que dejarlo. *El Liberal* dice del mismo: «Esta obra, escrita con enormes pretensiones, carece de todo valor, hasta de valor literario y gramatical...»

A *El Bien Público* en cambio, le parece muy bonito. Nos alegramos. Aconsejamos á nuestros amigos que no pierdan el tiempo leyendo ese libro estúpido, pero si los lectores del diario conservador desean adquirirlo, sepan que tenemos á la venta algunos ejemplares en nuestra administración.

Suscripción para nuestros presos y perseguidos:

	Ptas.
Lorenzo Cloquells	0'50
N. N. Libertario	0'30
A. M.	0'25
Antonio Mari.	0'25
Jaime Payeras.	0'25
Pedro Bagur	0'10
Julio Cabello	0'25
Luis Francisco.	0'25
E.	0'25
Paco Mercadal.	0'25
J. M. Zaragoza	0'25
J. Mir Mir	1'00
Juan Fortuny.	0'15
Luis Gornés	0'25
P.	0'50
Lucas Castell	0'25
Pedro Febrer	1'00
Juan Salom	0'20
Antonio Vidal.	0'10
Pedro Garriga.	0'30
Palmira	0'75
Antonio Mir Perez	0'15
José Sintés	0'25
Antonio Bagur Aloy.	1'00
Juan Bagur Aloy	0'50
A. S.	1'00
Mariano Mari.	0'25
Lorenzo Carreras	0'10

DE SAN LUIS

Máximo Pena.	0'50
Antonio Sintés.	0'25
Antonio Pons Gornés	0'25

DE ALAYOR

Juan Sintés	0'25
Pablo Servera	0'25
Francisco Servera	0'25
Jaime Barber	0'25
José Petrus	0'20
N. N.	0'10
M. A.	0'10
Un trabajador.	0'25
Juan Garriga	0'10

SUMA Y SIGUE. 13'40

SUMA ANTERIOR.	
Uno que desea el bien para todos	13'40
L. P.	0'25
Pedro Orfila	0'10
Jaime Pons	0'10
Pedro Morlá	0'10
Uno que desea la libertad de los presos	0'20
Uno que desea la derrota del clericalismo.	0'20
Segundo Gimenez	0'20
Uno de diez y seis años	0'10
Rita Piris.	0'10
Un herrero	0'20
F. A. M.	0'15
H. N.	0'15
Un carpintero.	0'10
Una obrera	0'10
Pedro Timoner	0'15
Cosme Verger.	0'10
Uno que no quiere ser explotado	0'10
Un vago en la sociedad actual.	0'10

DE CIUDADELA

De varios compañeros	11'95
Antonio Sastre.	0'75
Palmira Sastre.	0'25
Un compañero que no cree con las Marañas	0'10

TOTAL. 29'20

Suscripción para que *Alfredo Picoret*, víctima del policía *Memento* y del juez *Moreno*, pueda ingresar en una *Casa de Salud*.

SUMA ANTERIOR.	
De varios amantes del Progreso.	17'55
Juan Sintés	1'00
Pablo Servera	0'25
Francisco Servera	0'25
Jaime Barber	0'15
Antonio Sastre	0'10
Palmira Sastre	0'10
Uno que no cree con los Marañas	0'10
TOTAL.	19'75

CORRESPONDENCIA

Sama.—P. G. Enviamos 5 ejemplares desde este número.

Córdoba.—A. H. Recibida tu carta. El precio de cada suscripción es de 1 peseta trimestre.

Habana.—J. G. Recibido 70 pesetas. Tienes pagado hasta el presente con 1 peseta á nuestro favor. Enviamos folletos y escribimos.

Almatret.—A. F. Aumentamos paquete y enviamos folletos.

Valencia.—J. O. Recibido letra y sellos. Pagado hasta fin Febrero.

Gullera.—P. G. Recibido 8 pesetas. Tienes pagado hasta el n.º 247. Envío folletos.

Sestao.—S. L. Enviamos 50 ejemplares desde este número.

Vilasar de Dalt.—J. V. Enviamos 10 ejemplares desde este número.

Ciudadela.—A. T. Recibido 32'65 pesetas que distribuimos como indicas.

Grao de Valencia.—J. M. Recibido 1 peseta por conducto de *El Productor*. Tienes pagado hasta el número 243.

Zaragoza.—J. C. Recibido 10 pesetas por conducto de *El Productor*. Debes ahora 13'75 pesetas.

Utiel.—R. S. Id. 5 id. por id. id. Debes ahora 2'10 pesetas sin contar el paquete de *Segundo Certamen*.

Sama.—M. S. Id. 3 id. por id. id. Cumplimos lo que dices.

Barcelona.—E. A. Id. 1'50 id. por id. id.

Torelló.—J. M. Recibido 1'50 pesetas por conducto de *Tierra y Libertad*.

Nerva.—J. C. Id. 6'50 id. por id. id.

La Felguera.—J. M. Enviamos 15 ejemplares desde este número.

Reus.—J. V. Recibidos los folletos que dices. Si no lo has hecho ya, puedes enviar 25 ejemplares del último publicado. No podemos insertar el anuncio que envías por su mucha extensión.

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»—Castillo 170, Mahón